

## XIII.

Cuando paso, mi bien, enamorado  
 Delante de tu casa,  
 Soy feliz si contemplo tu semblante  
 Brillar en tu ventana.

Con tus oscuros ojos me contemplas  
 Cual queriendo sondar tu corazón.  
 ¿Quién eres? ¿Por qué sufres, extranjero,  
 Cuyo rostro la pena entristeció?

«Yo nací en Alemania, y soy poeta  
 En la tierra alemana conocido:  
 Cuando citan los nombres más gloriosos  
 Citan también el mío.

»Por lo que sufro yo, sufren, bien mío,  
 Muchos también en alemana tierra;  
 Cuando citan las penas más amargas,  
 Citan también mis penas.»

## XIV.

Del sol al último rayo  
 Fulgura la mar lejana,  
 Y sentados entretanto  
 Delante de la cabaña  
 Del pescador, silenciosas  
 Palpitaban nuestras almas.

Se alzó la bruma, é hincharon  
 Su seno las ondas claras;  
 Volando, el sereno cielo  
 La gaviota cruzaba,  
 Y ví que tus llenos ojos  
 Vertían amantes lágrimas.

Las ví brillar en tus ojos  
 Y mojar tu mano blanca,  
 Y de amor desvanecido  
 Caí, mi bien, á tus plantas.  
 Apreté mis labios secos

Sobre tu mano nevada,  
Y enamorado y demente  
Bebí tus ardientes lágrimas.

Desde aquel funesto instante,  
Desde aquella hora menguada,  
Consumido está mi cuerpo  
Y arde en deseos mi alma.  
¡Aquella mujer hermosa  
Me envenenó con sus lágrimas!

## XV.

Se alza un castillo del monte  
En la elevada región;  
Tres doncellas allí viven;  
De las tres probé el amor.

Jetta el sábado fué mía,  
Dióme Julia el corazón  
El domingo, y Cunegonda  
El lunes me acarició.

Sin embargo, grande fiesta  
En la risueña mansión  
De mis tres bellas amantes  
El martes se celebró.

En caballos y en carruajes  
A la alegre reunión  
Galanes y hermosas damas  
El vecindario llevó.

Pero yo por mi desdicha  
No recibí invitación,  
Y en verdad que os portasteis  
Bien neciamente, por Dios.

Tías y primas mi falta  
Comentaron con ardor,  
Y al notar que allí no estaba  
Todo el mundo se rió.

## XVI.

Del horizonte en el confín lejano,  
Como capricho inestable de la bruma,  
Ante la luz incierta del crepúsculo  
La ciudad con sus torres se dibuja.

Un viento frío y suave mueve y riza  
Del río azul la superficie turbia,  
Y mueve mi patrón sus largos remos,  
Que en el agua cansados se sepultan.

Aun una vez el sol con rayos de oro  
El denso seno de la sombra cruza,  
Y me muestra el lugar donde perdiera  
Lo que adoró mi mente con locura.

## XVII.

Yo mi saludo con amor te envío,  
Misteriosa ciudad altiva y grande  
Que al dulce sér que mi memoria adora  
No hace mucho en tus muros encerraste.

Hablad, torres y puertas y murallas:  
¿En dónde está la que mi amor prefiere?  
A vosotras dejéla confiada,  
A vosotras os toca responderme.

No sois culpables, torres y murallas,  
Que dejar no podíais vuestro sitio  
Cuando la amada eterna de mi vida  
Con su equipaje abandonó el recinto.

Sí; de las puertas fué la culpa entera,  
Que partir la miraron en silencio,  
Y que abiertas de asombro y de sorpresa  
La hermosa loca que escapaba vieron.

## XVIII.

El camino de otras veces,  
Otra vez la misma senda,  
Otra vez cruzo por calles  
Que mi memoria recuerda.  
Regreso de aquella casa  
Donde vivió mi hechicera,  
Hoy abandonada y triste  
Como noche sin estrellas.

¡Qué pavimento tan duro!  
¡Qué calles, ay, tan estrechas!  
Me parece que las casas  
Mi cuerpo aplastar desean,  
Y apresurado me aparto  
Para escapar con viveza.

## XIX.

A la estancia llegué donde ella un día  
Juró ser fiel á mi cariño siempre:  
Allí donde sus lágrimas corrieron  
Miré arrastrarse venenosas sierpes.

## XX.

Es silenciosa la noche,  
Están las calles en calma;  
Esta es la mansión hermosa  
Donde vivió mi adorada:  
Mucho tiempo hace que ella,  
La ciudad abandonara,  
Pero su casa en el mismo  
Lugar misterioso se alza.

¡Es extraño! de pie un hombre  
Hay delante de la casa;  
Sumerge en el ancho cielo  
Sus expresivas miradas,  
Y con amargos trasportes  
Retuerce sus manos flacas.  
Yo mirándolo suspiro;  
Ante la luz argentada  
De la luna, que del cielo  
Surca las azules playas,

Que yo soy aquella sombra,  
Ha conocido mi alma.

¡Sonámbulo compañero!  
¡Triste espectro! ¡sombra pálida!  
¿Por qué imitas de tal modo  
Las hondas penas amargas  
Que tantas y tantas noches  
En horas desventuradas  
En estos mismos lugares  
Mi corazón desgarraran?

## XXI.

Dí, ¿cómo puedes descansar tranquila  
Sabiendo que yo aún vivo?  
Mi cólera dormida se despierta  
Y destrozar mi yugo necesito.

¿Oiste alguna vez la canción vieja?  
Era un amante muerto;  
Él buscó á media noche á su adorada,  
Y la arrastró á su tumba torvo y fiero.

Créeme, niña del semblante hermoso,  
Hermoso cual ninguno,  
Aun vivo y soy más fuerte que entre todos,  
Todos los muertos juntos.

## XXII.

La niña duerme tranquila  
 Y en su habitación descansa;  
 Vierte la serena luna  
 Melancólicas miradas,  
 Y afuera entretanto suenan  
 Ecos de voces que cantan,  
 Y aires de valsos ligeros  
 Y melodías y danzas.

Por conocer á los músicos  
 Yo me asomo á la ventana;  
 Un esqueleto es quien toca  
 El violín, y quien danza.  
 «Bailar conmigo no ha mucho  
 Me prometiste, mi amada;  
 Ha pasado mucho tiempo  
 Y has faltado á tu palabra.  
 Esta noche se celebran  
 En el cementerio danzas;  
 Ven y danzaremos juntos,  
 Ven ¡mi bien! que nos aguardan.»

Un espantable deseo  
 A la hermosa niña embarga,  
 Y de su mansión segura  
 Le hace salir desalada.  
 Al amarillo esqueleto  
 Sigue que delante marcha,  
 Y con contorsiones hórridas  
 Toca el violín y danza.

Toca el violín sonoro,  
 Canta loco, ríe y salta,  
 Y crujen sus blancos huesos  
 Con un sonido que espanta.  
 Y aquí y allá saludando  
 Con reverencias forzadas,  
 Se inclina su cráneo blanco  
 Que la luna solitaria  
 Ilumina con sus luces  
 Melancólicas y heladas.

## XXIII.

Sumergido y abismado  
 En mis locas fantasías  
 Su retrato contemplaba,  
 Y ví que el rostro adorado  
 Como en ya perdidos días  
 A moverse comenzaba.

Sobre sus labios de rosa  
 Fulguró aquella sonrisa  
 Que ahuyentaba mis enojos,  
 Y brillante y temblorosa  
 Una lágrima indecisa  
 De dolor brilló en sus ojos.

Yo también en mi amargura  
 Siento que copioso llanto  
 Mi semblante enflaquecido  
 Baña con triste dulzura;  
 «Yo no puedo, cielo santo,  
 Creer que ya te he perdido.»

## XXIV.

Atlas desventurado, un mundo de dolores  
 Tocóme en mi desdicha sobre mi sér llevar.  
 Yo llevo lo que nadie llevar sobre sí puede;  
 Mi corazón palpita, ya próximo á estallar.

¡Oh corazón, de orgullo y de miseria henchido!  
 ¡Tú mismo lo quisiste, feliz quisiste ser!  
 ¡Feliz como ninguno, ó cual ninguno triste;  
 Y hoy la miseria misma llora tu pena al ver!



## XXV.

Soñaba yo: la luna sus fulgores  
Tristes vertía sobre la ancha tierra:  
Los astros fulguraban tristemente,  
Y de mi sueño envuelto en las quimeras,  
A la ciudad llegué, donde muy lejos  
De mi amada trascurre la existencia.

Y mi sueño á su casa me conduce:  
El mármol bajo yo de la escalera;  
Piedras que tantas veces han sentido  
De su pequeño pie la dulce huella,  
Y el roce tembloroso de los bordes  
De su vestido de crujiente seda.

Era la noche larga y triste y fría;  
Frías también estaban ¡ay! las piedras,  
Y en la ventana vi lucir, cual dulce  
Divina aparición que el alma espera,  
Por la luz de la luna iluminado,  
El pálido semblante de mi bella.

## XXVI.

¿Qué quieres? ¿Qué pretendes,  
Oh silenciosa lágrima  
De mis antiguas penas  
Sobre mis tristes ojos olvidada?

Tuviste dulce coro  
De brillantes hermanas,  
Que entre el viento y la noche  
Huyeron con mis dichas no logradas.

Hasta mi amor dichoso  
Huyó cual leve ráfaga.  
Disípate á tu vez sobre mis ojos,  
Melancólica lágrima.

## XXVII.

La luna melancólica de otoño  
Del seno de las nubes se levanta;  
Al lado del sencillo cementerio  
La mansión del pastor tranquila se alza.

La madre lee la Biblia; el hijo, en tanto,  
En la trémula luz los ojos clava,  
Y la hermana mayor duerme en su asiento;  
La más joven murmura estas palabras:

—«¡Oh Dios, qué aburrimiento! aquí es preciso,  
Si algo nuevo han de ver nuestras miradas,  
Que alguien sucumba y que á enterrarlo vengan!»—  
Sin dejar de leer, la madre exclama:

—«Te equivocas; tan sólo han muerto cuatro  
Después que, por mi mal, en hora infausta  
Murió tu pobre padre y le enterraron  
Del cementerio próximo á la entrada.»—

La hija mayor bosteza:—«Yo no quiero  
De hambre espirar rendida en esta casa.  
Mañana iré casa del joven conde;  
Es rico y bello y en amor se inflama.»—

De los labios del hijo brota entonces  
Estridente y sonora carcajada:  
—«Conozco—dice—yo tres cazadores  
Que beben con frecuencia en la posada;  
Oro saben hacer, y su secreto  
Me enseñarán cuando á buscarles vaya.»—

La madre con furor le arroja el libro,  
Que veloz va á chocar contra su cara,  
Y dice:—«¡Condenado! ¿Ser pretendes  
Un ladrón de la selva abandonada?»—

Entonces escucharon secos golpes  
Lúgubres resonar en las ventanas,  
Y una mano miraron misteriosa  
Que al firmamento oscuro señalaba.

Era el pastor difunto, el padre muerto,  
Cubierto de la túnica enlutada  
Con que en lejano tiempo á los creyentes  
La virtud y la dicha predicara.

## XXVIII.

Es el tiempo áspero y duro;  
 Silba el viento, y llueve y nieva;  
 En la ventana sentado  
 Miro atento las tinieblas.

Veo brillar solitaria  
 Una luz que marcha lenta:  
 Es una mujer anciana  
 Que cruza por la calleja,  
 Alumbrando su camino  
 Con la luz de su linterna.

Creo que de comprar viene  
 Huevos y leche y manteca,  
 Y hacer un pastel desea  
 Para su hija hermosa enferma.

La hija entretanto en la casa  
 A la amada madre espera,

Y sobre un sillón sentada  
 Melancólica contempla  
 Con ojos medio cerrados  
 La luz que vibrando tiembla,  
 Mientras que los bucles de oro  
 De su rubia cabellera  
 A su pálido semblante  
 Animado marco prestan.

## XXIX.

Creen que estoy muy afligido  
Y que de amor moriré;  
Al final, yo, como todos,  
Lo comienzo ya á creer.

Niña de los grandes ojos,  
Te lo dije veces cien,  
Te adoro de tal manera,  
Mi pasión tan grande es,  
Que pintarte yo no puedo  
Lo que en mi alma siento arder.

Pero es cuando yo estoy solo  
Cuando habla así mi altivez;  
Cuando estoy en tu presencia  
Mudo reposa mi sér.

Mi boca entonces cerraban  
Angeles malos; tal vez

Por culpa de ángeles buenos  
Y malos, mi pena fué.  
Buenos y malos me hicieron  
Tan desventurado sér.